

se con dulce abandono. La narración continuó de esta manera:

— El desconocido que venía á substituir al coronel, joven de airosa presencia y de noble fisonomía, á quien recordé haber visto en el baile de la embajada inglesa, y que debe ser el mismo que salvó á Montero del lance de los caballos, que ya conocen ustedes, nos saludó cortésmente al acercarse. Habíamos aceptado su substitución, é iban á batirse. Yo le puse la espada en la mano, y al empuñarla conocí que no era la primera vez que la cogía. Eso se conoce al instante; sobre todo al caer en guardia no pudo ocultar su aplomo y su destreza. Juraría que el marqués y él se saludaron, como dos personas que ya se han visto otra vez. Ambos permanecieron algunos instantes con las espadas cruzadas, contemplándose, y, al parecer, ninguno de los dos quería ser el primero en atacar. Esto me pareció á mí de buen agüero, porque al fin se batían por puro compromiso, ninguna ofensa había entre ellos que encendiera en sus corazones el enojo. Así estuvieron, como digo, algunos instantes, hasta que al fin el marqués se fué á fondo con una estocada repentina como un rayo, que se desvaneció en el aire. El diplomático acometía bien, pero el desconocido paraba mejor. A mi juicio, la ventaja estaba de parte del substituto de Montero. Me parecía más segura su guardia, más firme su mano, más sereno su rostro; y sin embargo, dos veces la espada del marqués pasó rozando el hombro del contrario, trazándose en el semblante de éste un gesto que parecía decir: «¡Oh, qué lástima!..» Cualquiera habría sospechado que deseaba ser vencido. Yo, por mi parte, no sabía á qué atribuir tan singular conducta. Así siguió el combate diez minutos más; el marqués acometiendo siempre, el otro sin hacer más que defenderse. No sé lo que sucedió; y si lo sé, no acierto á explicármelo ni puedo describirlo; cuanto más lo pienso, más inverosímil me



PERMANECIERON ALGUNOS INSTANTES CON LAS ESPADAS CRUZADAS

parece. El caso es que de repente la espada del diplomático brilló como una centella sobre la espada de su adversario; el desconocido dió un paso atrás, exhaló un grito ahogado, vaciló y cayó de espaldas.

— ¿Estaba herido? — preguntó Margarita con una voz que sus amigos no le habían oído nunca.

— Sí, herido, gravemente herido; tenía atravesado el pecho y arrojaba un torrente de sangre. ¿Cómo no pudo parar el golpe?.. No lo concibo. Señores, me precio de conocer algo los secretos de la esgrima, y declaro que semejante estocada es inverosímil, es absurda. Yo me quedé aturdido. Se le hizo la primera cura; sus testigos y yo lo colocamos en el coche, y con todas las precauciones necesarias lo llevamos á su casa. Allí... ¡qué cuadro!.. Señores... ¡qué cuadro!.. Una señora con el rostro más dulce que he visto en mi vida salió á recibirnos á la escalera. Al vernos prorrumpió en un grito, que debió arrancarse de sus entrañas, y con acento desgarrador, cuyo eco resuena todavía en mis oídos, exclamó: «¡Hijo de mi corazón; me lo traen ustedes muerto!» Había tan amargo y tan justo reproche en sus palabras, que no supimos qué decirle... Aquella madre, anegada en llanto, nos ayudó á llevar á su hijo con el valor y con la ternura de las almas grandes. Ella lo desnudó, ella misma le colocó la cabeza sobre las almohadas y le besó la frente, ahogando el ímpetu de los sollozos que hervían en su pecho. El moribundo pudo coger la mano de su madre y la llevó penosamente á sus labios, mientras ella decía: «¡Hijo de mi alma! ¡Qué sola me vas á dejar en el mundo!.. Yo he presentido tu desventura.» Y alzando los ojos con expresión de angustia inefable, añadió: «Era mi gloria, mi dulce consuelo; toda mi alegría; pero cúmplase, Señor, tu divina voluntad.» Lo confieso; ante aquella pena inmensa, ante aquella santa resignación, sentí desprecio de mí mismo, y salí de allí porque se me saltaban las lágrimas. En

la pieza inmediata encontré al médico, que trasluciendo en la expresión de mi semblante y en mi ademán que iba á dirigirle la palabra, se anticipó contestándome: «Mal, muy mal. En estos casos no se pierde nada con ponerse en lo peor.» La desolada madre había salido detrás de mí, y pudo oír las palabras del médico. «No hay que perder la esperanza, nos dijo con acento de profunda fe; si la ciencia no hace prodigios, Dios hace milagros.» Y cayendo de rodillas á los pies de un hermoso crucifijo que tenía delante, le oímos decir distintamente: «Perdonadla, Dios mío; perdonadla, como yo la perdono.» Las madres ven siempre en las desgracias de sus hijos la mano traidora de alguna mujer execrable. Se había llamado á un sacerdote, y acababa de entrar en la pieza donde nos encontrábamos. La señora, al verlo, le cogió la mano y lo condujo apresuradamente al cuarto del herido, y él la siguió pronunciando estas dulces palabras: «Valor, hija mía, valor.» Yo no pude más; sentía despedazada mi conciencia por agudos remordimientos; mi presencia allí me parecía un insulto á la desgracia, y me lancé á la puerta, me precipité por la escalera y salí á la calle con el alma hecha pedazos... Esto es lo que ha sucedido.

Terminado el relato que acabo de copiar, reinó profundo silencio, que ni César ni el duque se atrevieron á interrumpir. Margarita, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía sumergida en hondas reflexiones. Sin embargo, ella fué la primera que habló, y lo hizo levantándose bruscamente y diciendo:

— Señores, perdonen ustedes esta impertinencia; pero me siento mal y me retiro.

Todos se pusieron de pie, y ella añadió:

— Suplico á ustedes que no se muevan; mi madre se alarmaría, y no hay motivo para asustarla.

Sin dar tiempo á observación ninguna, salió del salón,

no quiso llamar á Marí, y se encerró sola en su cuarto. Los amigos íntimos se quedaron suspensos, sin saber qué hacer; mas no observando en el interior de la casa ni



¡Hijo de mi corazón; me lo traen ustedes muerto!

ruido ni movimiento que atestiguaran gravedad alguna en tan repentina dolencia, se tranquilizaron.

No era la primera vez que la señorita de Miramar se retiraba de aquel modo. La niña mimada solía aburrirse de

la obsequiosa compañía de sus íntimos amigos, y cualquier pretexto le servía para dejarlos con la boca abierta, ó, lo que es lo mismo, con la palabra en la boca.

Ellos estaban acostumbrados á estas irregularidades de su carácter, que la hacían tan original, y que, después de todo, les parecían encantadoras. Así es que sin la más ligera inquietud se fueron retirando, unos después de otros, muy discretamente.

Al salir los últimos, César iba diciendo:

— ¿Ves, querido duque, cómo el coronel Montero se halla bueno y sano, sin herida grave ni leve? No podía ser otra cosa; mi tesis tiene una fuerza incontrastable.

— Pero, ¡canastos!.. — replicaba el duque. — El marqués ha herido mortalmente á su adversario... ¡Caracoles!.. Ese era mi tema.

Cuando la señora de Miramar se despertó, estaba sola.

## CAPITULO VI

### LOS DOS

Tenemos á la vista dos cartas interesantes, cuya lectura es necesaria para el cabal conocimiento de la presente historia, que, dicho sea de paso, he intentado referir del modo más breve que me ha sido posible; por supuesto, dejando siempre al lector en completa libertad de añadirle lo que le falte y de quitarle lo que le sobre.

Por el movimiento impetuoso de la letra se conoce que la primera de estas cartas ha sido escrita con la impaciencia de la mano empeñada en seguir la rapidez del pensamiento. En algunas palabras faltan las letras finales, como si la pluma hubiera saltado para coger más pronto la idea; en ciertas frases parece que la mano temblaba al escribirlas, y, finalmente, se distinguen sombras ligeras, que obscurecen en diversos lugares la blancura del papel, y que pudieran tomarse por señales de lágrimas.

El estilo empieza entrecortado, descubriendo en el tumulto de los conceptos la agitación del alma; mas poco á poco se va serenando hasta que aparece más tranquilo.

He aquí el contenido de esta carta:

«Caballero: La herida que ha recibido usted en el pecho la llevo yo en mi corazón. Usted ha estado quince días agonizando, y yo hace un mes que no vivo... Óigame usted, porque le hablo por primera vez y acaso sea la última.